

PARIS POR DENTRO.

EL VOLAPUK.

Si sobre la superficie de la tierra todos los hombres hablaran el mismo idioma, las relaciones entre los pueblos serían más cordiales, su comercio y su industria ganarían mucho y las guerras entre unas y otras naciones serían, si no imposibles, por lo menos difíciles y poco frecuentes.

Un ya crecido número de filósofos han soñado en la formación de un idioma internacional destinado á reparar el incalculable perjuicio que con la confusión de lenguas nos trajo—si hemos de dar crédito al Génesis—la construcción de aquella antiquísima y famosa torre de Babel.

El pensamiento es grandioso y magnífico, y dignos son de alabanza esa intención y ese desé, por más que su realización sea imposible.

Si se congregaran los representantes de todos los pueblos, ninguno de ellos protestaría contra la adopción de una lengua universal, pero cada cual pretendería que esta lengua fuera la suya, no solamente porque cada cual creería que su idioma nativo es el más apropiado, el más cómodo y el más fácil, sino porque á los ojos de cada uno, y sin admitir contradicción, la lengua patria es la más lógica, la más armoniosa y la más bella de todas las lenguas habidas y por haber.

El acuerdo, no hay que dudarlo, sería por demás difícil; pero los filósofos son gentes de increíble tenacidad, y cuando á esos señores se les mete una idea en la cabeza—¡ahí es nada la mollera de un filósofo!—no hay quien de ella se la saque.

Sin descorazonarse por el poco ó ningún éxito obtenido por sus colegas antepasados, con valor y con fé se unen al carro que ha de subir hasta la cúspide de la montaña la piedra de Sísifo.

A esta obstinación de los filósofos debemos el Volapuk.

¡El Volapuk! ¿Qué significa ese barbarismo?—me dirán ustedes.

¡Alto ahí! señores y amigos míos; no seáis tan irrespetuosos y no califiquen tan dura y descortésmente la lengua que está llamada á reemplazar á todas las demás del globo terraqueo y gracias á la cual podrán entenderse no solo los habitantes del Ecuador con los del Polo, los de Pekin con los de Quito, sino—¡cosa admirable é inesperada!—hasta los diplomáticos entre sí.

Volapuk quiere decir *lengua universal*, de *puk*, lengua, y *vol*, universo; literalmente *universi lingua*. El porqué ni yo lo sé, ni pretendo saberlo, ni creo que lo sepa nadie ni aún mi respetable y respetado maestro y querido amigo D. Lázaro Bardón y Gómez de Inicio, que oculto modestamente, como la perla fina en los mares, en un rincón de la sabia facultad de Letras de la Universidad de Madrid, á la que con gloria pertenece, es no obstante—y en declararlo así me congratulo y envanezco—uno de los primeros helenistas y filólogos del mundo y tal vez el primer etimologista de Europa.

Yo desafío al mismísimo inventor del Volapuk á que me explique la etimología de esta palabreja y á que me diga porqué la ha empleado con preferencia á las de Jafapuk, Guasapuk, Timopuk ó de otro puk cualquiera.

Pero puesto que Volapuk tenemos, puesto que los volapukistas pululan y están á la moda, hablemos un poco ya que no en volapuk,—¡Dios nos libre de ello—del volapuk.

Los inventores de este nuevo y á mi ver grotesco lenguaje—que sus admiradores me perdonen mi clásica ignorancia—han tenido muy buen cuidado de no irritar ninguna susceptibilidad nacional, y sin herir ni tampoco adular á nadie

en su amor propio han imaginado el remedio heroico para salir boyantes de su empresa añadiendo una lengua fresca y nuevecita á las muchas que ya existen.

Esta elucubración no es francesa; ha nacido en el cerebro de Mr. Schleger, nativo de la clásica tierra de la libertad y de Guillermo Tell, literato y linguista distinguido,—según dice el prospecto—pero que á mí me parece haber llegado un tanto retrasado habiendo sido ya inventada la pólvora hace tiempo.

Y cuando digo que Mr. Scheleger, de Constanza, ha inventado el volapuk, tal vez me equivoco, porque como no hay nada nuevo bajo la capa del cielo los elementos de esta extravagante lengua han debido existir antes de ahora, como el carbón, el azufre y el salitre existían antes que Berthold Schwarz constituyera los elementos de la pólvora de cañón. Lo que Mr. Schleger ha hecho es dar forma, coordinar sílabas extravagantes que en su poliglotesca y enloquecida imaginación se encontraban bailando la cachucha.

Lo cierto es que el volapuk desarrollándose y propagándose, como toda mala semilla, por todas partes se ha introducido en Francia, Alemania, Inglaterra, España, Bélgica y Holanda, en donde amenaza entronizarse y en donde tiene profetas y apóstoles.

En París existen actualmente cátedras gratuitas de volapuk en todos los distritos; los profesores libres del nuevo idioma universal pululan por los cuatro ámbitos de la ciudad; las librerías todas de la capital ofrecen, á precios módicos, gramáticas y diccionarios; en una palabra, todo está admirablemente combinado para que el más ignorante de los mortales—y Dios sabe si los vanidosos mortales somos ignorantes—pueda convertirse en quince días en filólogo volapukista consumado y de primer orden.

¡Y yo, mísero de mí, que para estropear el habla de Cervantes me eché encima de mi alma seis años de latín y cuatro de griego y dos de hebreo!

¡Ignorante, ignorantísimo sobre todos los ignorantes, decía el Médico á palos; antes el corazón estaba á la izquierda y el hígado á la derecha, pero los modernos hemos arreglado las cosas de otro modo.»

Tal los volapukistas. Como el médico de Moratin ó de Moliere, lo han arreglado todo de otro modo: la Francia se llamará *Flent*; los comerciantes inscribirán sobre sus escaparates ó pondrán en las puertas de sus despachos un rótulo que diga: *Bonedams Kanoms panekou volapuko*, que quiere decir que los pedidos deben hacerse en volapuk; las bellas francesitas no oirán el suave *je t'aime* de boca de sus adoradores ni las preciosas y encantadoras españolas escucharán el delicioso *te amo* de sus novios. Todos los enamorados de todos los pueblos del orbe dirán á sus bellas: *Lofol oliki*.

Entonces sí que se les ocurrirá á los padres gruñones é intransigentes, como uno que yo conozco, comandante retirado y sin más cruces que la del matrimonio, poner un bozal al *oso* de la *polla*.

La verdad, díganme ustedes si estos sonidos bárbaros, secos y duros pueden encantar á nadie ni ser gratos ni aún al oído del más *maruso* de los gallegos.

¡Váyanse ustedes con la música á otra parte, señores Volapukistas ó Volapukenses de mis pecados, y déjenos el alma en paz!

Cuando hayan escrito ustedes media docena de tragedias como las de Calderón, Shakespeare ó Corneille, unas cuantas comedias como las de Moliere, Moratin ó Bretón de los Herreros, cuando se presente un Volapukista que se llame Espronceda, Lamartine, Quintana, Víctor Hugo, Zorrilla, Delille, Juan Nicasio Gallego ó Alfredo de Musset, ó que se parezca de lejos y en cién leguas á Cervantes, Dante, Milton ó Goé-

the dénsenle ustedes una vueltecita por aquí y hablaremos.

El día que en un renglón definan ustedes la muerte del justo como La Fontaine:

«Bien ne trouble sa fin; c'est le soir d'un beau jour.»
O me presenten la rosa y su perfume, como Espronceda:

«Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda y puesta sobre el ramo erguido
Fragancia esparce la naciente rosa.»
O se muerdan de dolor las manos y lo digan como Dante:

«Ambo le mani per dolor mi morsi.»
Entonces ¡ah! entonces me *envolapuko* yo en su iglesia.

PIO SILBEN.

Neully-sur-Seine 10 Marzo de 1886.

REVISTA CIENTIFICA.

Las dificultades que ofrece la trasmisión de las imágenes á distancia por medio de la electricidad no están vencidas, pero se trabaja para dominarlas.

Uno de los más recientes estudios sobre esta materia se debe á Mr. Fermin Larroque que cree se puede llegar á obtener la reproducción de las imágenes, utilizando las propiedades características del *paladio* y del *selenio*.

El paladio tiene la propiedad de absorber el hidrógeno que se desprende al descomponerse el agua, por la acción de la pila eléctrica, cuya absorción se manifiesta con un aumento visible en longitud y grueso del hilo de paladio que se introduce en el agua para efectuar dicha descomposición.

La propiedad característica del selenio es que se hace tanto mejor conductor de la electricidad cuanto más vivamente se le ilumina.

Conocidos estos dos principios, imaginémosnos dos hacecillos formados por un número igual de hilos de paladio y de selenio, unidos entre sí, y con sus estremidades planas, pero aislados eléctricamente; supongamos además que cada hilo de selenio está relacionado con el correspondiente de paladio por una comunicación eléctrica, admitamos que el hacecillo de hilos de selenio funciona como manipulador y el de paladio como receptor, y concibamos, en fin, que á este sistema le atraviesa una corriente eléctrica.

Ahora bien, si el hacecillo que sirve de manipulador se coloca perpendicularmente detrás de una cámara lúcida, y de tal modo que reciba la impresión de las partes más ó menos iluminadas de un cuerpo cualquiera, dejará pasar más ó menos electricidad, en virtud de la propiedad especial que tiene el selenio. Los hilos de paladio recibirán, en su consecuencia, cantidades de electricidad, variables con las que transmitan los de selenio con los cuales están relacionados, y si á su vez aquel hacecillo pasa por un recipiente que contenga agua, absorberá, como hemos indicado, cantidades diferentes de hidrógeno y resultará naturalmente que su estremidad se desnivelará, porque unos hilos se alargarán más que otros, obteniéndose así una imagen en hueco del cuerpo colocado detrás de la cámara lúcida, semejante á la impresión de un troquel.

Este procedimiento, como se vé, es muy rudimentario y de una aplicación práctica algo más que dudosa. Desde luego, se necesitan tantas líneas eléctricas distintas como hay manipuladores y receptores, lo cual es un grave inconveniente para la sencillez de la aplicación, después la reproducción de la imagen no es instantánea, por lo lentamente que el paladio absorbe el hidrógeno, y tampoco se obtiene en realidad una verdadera imagen, si no el relieve de un cuerpo; pero á pesar de todos estos defectos es un procedimiento ingenioso que puede servir de base á otro más práctico.

De utilidad más inmediata es la *sonda eléctrica*, invento del doctor Boisseau de Rocher, que permite observar no solo un punto de un órgano interior del cuerpo humano, sino una superficie de quince centímetros de radio, que viene á ser aproximadamente la de un plato.

La sonda mide medio metro de largo por seis milímetros de radio. En uno de sus extremos lleva una diminuta lámpara incandescente, alimentada por la corriente de una pila y colocada delante de una abertura de la sonda, que ilumina el órgano ó cavidad en que se introduce.

Detrás de la lámpara, y en el interior del tubo de la sonda, se encuentra un aparato

llamado *megaloscopio*, compuesto de un prisma de reflexión total que recoge los rayos emanados del espacio iluminado, y de dos lentes convexas, los cuales producen una imagen de pequeñas dimensiones. En la otra extremidad de la sonda va un anteojo que devuelve á la imagen su verdadero tamaño.

El ojo del operador se coloca en este anteojo y ve el interior de toda la cavidad que se propone examinar, sin más que imprimir un ligero movimiento de rotación al aparato.

En cuanto á la introducción de la sonda, es fácil y se hace sin dolor, porque su diámetro es muy pequeño.

Con este aparato se pueden ver las causas de muchas enfermedades y buscar el remedio conveniente, con perfecto conocimiento de la dolencia.

La adopción del sistema de cable para el arrastre de vehículos ha sido comprobada con un completo éxito en Chicago, después de cinco años de ensayos.

La compañía del ferro-carril de esta ciudad, á la cual se debe el haber acreditado el planteamiento de este sistema al Este de San Francisco, en su última memoria da á conocer que los cables y maquinaria han funcionado durante todo el año muy satisfactoriamente. A pesar de que el pasado invierno ha sido el más riguroso desde que se estableció la compañía, habiendo permanecido el termómetro por varias semanas bajo cero y siendo las heladas frecuentes y copiosas, solo ocurrió una interrupción de alguna importancia.

Esto desvirtúa de hecho el argumento, alegado al principio de proponerse el uso de cables en Chicago, de que siendo el clima demasiado riguroso las heladas y las nieves harían imposible su funcionamiento.

La misma memoria hace ver que el costo de arrastre por milla de cada vehículo es próximamente *la mitad del costo que con caballerías*. El promedio de movimiento de cables en la línea principal comprende un servicio de sesenta mil millas. Como medio especial de protección contra los rigores de la intemperie, una mitad próximamente del canal del cable está provisto de un tubo de 1½ pulgadas para vapor, destinado á derretir el hielo y la nieve.

La compañía explota actualmente una distancia de 50 millas de cable, con fuerza de 2.000 caballos en máquinas de vapor que mueven los vehículos con una velocidad media de 9 1/2 millas por hora. El presidente manifiesta que la lucha sostenida por la compañía «contra dificultades naturales, contra obstinadas preocupaciones y oposición marcada, ha terminado con un completo éxito para la compañía y sus patrocinadores, ha elevado el valor de la propiedad en 50 por ciento en una extensión de muchas millas.» Mientras que San Francisco fué la primera ciudad en aplicar el sistema de cables, impulsada á ello por lo escarpado de sus calles, Chicago lo es en experimentar la adaptabilidad en un clima septentrional y en una superficie á nivel; y la demostración favorable en la última de estas dos poblaciones ha sido la causa de que se haya adoptado en otras muchas. El cable parece ahora estar destinado á sustituir á las caballerías para el arrastre de vehículos en las grandes ciudades, á menos que no llegue á ser superado por alguna otra aplicación de fuerza de vapor ó de electricidad.

El médico mayor de la compañía del ferro-carril del Norte de Francia ha comunicado á la Academia de Medicina de París un informe que contiene conclusiones muy interesantes acerca del Daltonismo.

Este sabio ha verificado multitud de reconocimientos en los empleados activos de la compañía á fin de averiguar cuáles de ellos padecían alguna alteración en las sensaciones de los colores, conocida bajo el nombre de Daltonismo, cuya enfermedad impide distinguir los colores verde y rojo de las señales.

De los 1.173 empleados sometidos al examen de los médicos de la compañía, resultaron 224 que no distinguen los colores más que de una manera confusa, independientemente de toda lesión de los órganos visuales. De este número, 118 no han podido distinguir las variedades de colores sino después de ciertas vacilaciones, pero consiguieron enumerar las diversas madejas de lana de diversos colores que sirven para esta prueba, aunque no sin algún esfuerzo de atención.

41 han visto distintamente el rojo, pero confunden el verde, el azul y el gris. Se han encontrado 4 completamente privados del sentido de los colores; para ellos

una imagen coloreada produce la misma impresión que un grabado.

63 no ven el rojo y el verde, mas que de un aspecto particular, que ni es rojo ni es verde, sino que parece aproximarse á un gris terroso.

Todos los agentes que adolecían de alguna alteración del sentido cromático, que no les permitía discernir claramente las señales, han sido separados del servicio de los trenes.

Se trata, pues, de garantizar la seguridad de los viajeros en lo posible, examinando á los empleados para ver si están ó no sujetos al daltonismo.

Calcula el médico Mr. Worms que si relativamente es pequeño el número de personas imposibilitadas realmente de apreciar los colores verde y rojo, cuya proporción es de un 5 por 100, según los experimentos practicados en el personal ya sometido á un examen de admisión, la de las personas que perciben la generalidad de los colores de un modo inseguro y bajo un aspecto indefinido es muy considerable.

Sería un apreciable servicio para el público poner al mayor número posible en situación de apreciar, por medio de ejercicios sobre los colores y sus matices, el encanto de la diversidad de aquellos de que la Naturaleza nos rodea. Esta especie de gimnástica acaso disminuiría también el número de los pintores que no ven el color.

N.

LIBRUCOS.

Tengo por indudable que Campoamor es un gran poeta.

En los periódicos de Madrid se suele discutir el puesto que ha de ocupar entre los tres ó cuatro escritores en verso que hoy forman la gloria de España. Yo no me atrevo ni á indicar siquiera cuál sea ese puesto, y me contento con admirar á Campoamor y saberme de memoria casi todo su tesoro literario; sintiendo únicamente no poder olvidar ciertos pasajes crudos de sus *Poemas* y ciertas *Doloras* sobrado metiditas en color, que le hacen inútil para la lectura por mujeres, ó que, á lo menos, me inutilizan á mi para prestar sus obras á mis amigos. Los demás allá se las hayan.

Como de todos los poetas que, partidarios de la teoría poética de Campoamor, desdeñan las galas retóricas y sostienen que todo se puede decir en verso con el mismo lenguaje y estilo que en prosa y que entre ambos modos de decir no debe mediar otra diferencia que la rima, yo prefiero de Campoamor las composiciones cortas á los *Poemas* y demás obras de extensión; porque en las cortas no tengo tiempo de fijarme en la ausencia de esas galas y ese artificio y majestad del periodo poético, sin los cuales no me gusta del todo ninguna poesía.

Pues bueno; ya he visto realizado mi capricho de tener reunidas todas esas agudezas ó *humoradas*, como él las llama, de Campoamor. El ilustre escritor ha recogido y coleccionado en un volumen todos los versos que escribió ó pensó escribir en los álbums y abanicos de sus amigos. Y digo que *escribió ó pensó escribir*, porque no alcanzo en qué álbum se haya atrevido el poeta á estampar algunas *verdecas* que vienen en el libro.

Pero ello es que le ha resultado un tomo elegantísimo, precioso... para regalado á esas amigas; pero no para puesto en los escaparates de las librerías.

Figúrense ustedes que es un *libruco* en 8.º, pero en ese 8.º lamido y estrecho que ahora está de moda, en fin, un verdadero *libruco*; de 191 páginas y 23 de prólogo, pero 191 páginas que no son sino la mitad, pues cada hoja no va escrita más que por un lado. Las composiciones que el libro contiene constan unas de dos y otras de cuatro versos, unas cuantas, muy pocas, de seis, y en cada página caben á lo sumo tres poesías.

Pues, con todo y con esto, el libro cuesta nada menos que *tres pesetas*.

No es esto solo. Es decir, el precio sí es esto solo: no sé que más había de ser. Pero resulta que cuatro ó cinco de las composiciones aparecen dos veces en el libro. ¿Cuál es la causa de esto? Una equivocación del autor no puede suponerse en un original tan

corto: un error de imprenta no debe tampoco creerse en edición tan esmerada y atendida que ni una coma tiene fuera de su sitio. Hay que pensar, por lo menos, en un abuso, en una horrerada como otra cualquiera. Y ¿no es bién feo esto? ¿Porqué ha de costar tres pesetas un cuarto de hora de lectura?

Luego se quejan los críticos de que la gente no compre libros. Pues que no se vendan libros. ¿Quién va á comprar las *Humoradas*, fuera de esas señoras á quienes se dicen allí flores, y de algún cándido como yo que cree que el libro va á estar escrito por los dos lados?

Raro será hoy el español que no pudiera publicar un volumen como este de que trato. ¿Quién no ha escrito á los treinta años en diez ó doce álbums? Claro que los versos no serían como los de Campoamor, pero así y todo.

Aparte de que en el tomito no todas son agudezas y que en él vienen composiciones de todo este alcance:

Aunque tú por modestia no lo creas, las flores en tu sien parecen feas.

A la cual no puedo, por más que hago, encontrarle la profundidad, ni alcanzo por donde ha de venir á valer los dos perros grandes á que próximamente me viene á salir cada *humorada*.

Eso me parece á mí muy bonito para dicho como respuesta en un juego de sociedad, ó mientras se ponía las flores una muchacha en fin, como improvisación del momento. Yo creo que es lo menos que un hombre de ingenio puede decir de unas flores colocadas en una cabeza bonita.

Creo yo que á un libro se le debe pedir algo más que á este; más tinta, en primer lugar, y luego más consistencia, más trabajo, algo que no pase por los ojos y la mente del que lee como una de esas estrellas que parecen caer al mar en las noches de verano; que dure siquiera espacio de una noche, lo que una estrella de las que no se caen.

Pero nada; por lo visto estamos en época en que no se puede desperdiciar ni un saludo que nos caiga en copia.

Siguiendo esta moda de las cosas pequeñas, no pierdo la esperanza de poder publicar en breve un tomo de versos con títulos de esta facha:

«A un amigo, en el acto de pisarle un callo.»
«A mi criado, un día que me sirvió el café demasiado caliente.»

M.

MADRID.

Ha llovido como llueve en Santander cuando se pone á ello. Esta es la noticia más importante del día.

Las calles no son calles, sino arroyos, y eso nos hace caer en la cuenta de porqué se les da ese nombre, tan inoportuno cuando hace buen tiempo, á los centros de ellas: las personas estamos casi casi convertidas en merluzas. Hay hombre que se ha posesionado de su papel hasta tal punto que cuando oye en la cocina el chirrido del aceite frito, siente vehementes deseos de rebozarse con huevo y tirarse á la sartén.

Los que tienen impermeables están locos de contentos porque se les presenta ocasión de lucirlos. ¿Han observado ustedes la respetabilidad que dá un impermeable?

A mí me inspiran gran respeto los muebles de lujo, y cuando entro en una sala elegante, con grandes cortinones en los huecos, y sillaría de hace tres ó cuatro siglos, y consolas y centros llenos de esa infinidad de cachivaches de cristal y porcelana que la moda ha impuesto á las personas acomodadas, se apodera de mí tal temor que no me atrevo ni á respirar libremente, porque se me figura que voy á romper algo. Pues bién, los hombres con impermeables, sobre todo si tienen la capucha echada, me inspiran el mismo ó mayor respeto que las salas lujosas.

Antes no gastaban capucha más que los serenos y los guardias de orden público: ahora las llevan todos los sietemesinos elegantes y no pocas señoras.

En este mismo momento acabo de hacer un viaje de diez céntimos en el tranvía: cuando entré en el coche, que estaba casi lleno, me senté al lado de un impermeable, y digo de un impermeable, porque yo no veía más, bién que me figuraba que habría dentro una persona. Saqué un cigarro, y mientras le desliaba y le volvía á liar, observé que la capucha vecina se inclinaba hácia adelante, como si la cara que cubría estuviese mirándome á las manos. Vaya, pensé, á este se le han olvidado los cigarros y se está muriendo de envidia. Entonces—yo soy generoso y

no abuso de mi posición—saqué uno y se lo ofrecí.—¡Gracias! me dijo una voz bronca y desagradable—no solamente no fumo, sino que me molesta el humo del tabaco. Levanté los ojos con asombro y por entre la abertura delantera de la capucha, vi una cara de vieja de las que parece que llevan en la frente este letrero: ¡Soy suegra!

¡Tu quoque! dije como Cesar, y salí del coche como alma que lleva el diablo.

Y si da en generalizarse la moda, como es muy probable, porque es ridícula, y los dos sexos usan impermeables *completos*, de esos que encierran al que los lleva como en un ataúd ¿quién es el guapo que podrá vanagloriarse de que no ha de incurrir nunca en una equivocación como la mía?

Lo que es yo cuando vuelva á entrar en el tranvía he de saludar con un ceremonioso «¿ los piés de Vd.» á todo impermeable que se me ponga por delante; porque creo que es preferible tomar al cobrador por una señora á ofrecer un cigarrillo á una vieja.

Pero no faltará quién me diga ¿porqué le ofende á usted que las señoras usen impermeables? (Advierto que no me ofende) ¿Porqué privarlas de esa comodidad? Porque los impermeables son cómodos.—¡Oh! Si señor; cuando hace buen tiempo comodísimos; achicharran si va usted por el sol y no quitan el frío si lo hace; de modo que, á parte de la molestia de tenerlos que llevar al brazo ó sobre el hombro....

Ahora, cuando llueve, y llueve como llovió ayer, ya es otra cosa.... Se pone usted su impermeable y se echa á la calle y... ¡venga agua! A las tres ó cuatro horas vuelve usted á casa, y lo más lo más que le puede suceder es que llegue calado hasta los huesos. Pero eso con unas fricciones de aguardiente se remedia.

Y al llegar aquí cúmpleme hacer una declaración, como dicen los oradores cursis, es decir, casi todos los oradores. Conste que atacando al impermeable, no quiero hacer una defensa tácita del paraguas.

Reconozco que este artefacto se acomoda mejor á nuestras costumbres románticas y caballerescas ¡cuántas veces ha servido un paraguas para que D. Juan Tenorio se acercara en la calle á D.ª Inés de Ulloa! Porque ya saben ustedes que muchos jóvenes no se atreven á aproximarse á las mujeres que adoran por no acertar con el modo de empezar á hablarlas.. ¡Y un paraguas ofrecido oportunamente es tan buen pretexto! Se dá principio al diálogo con un favor y un piro, dos cosas que las mujeres reciben siempre con gusto... «Yo no puedo permitir que se moje niña tan hermosa!.... «Tienen razón los que dicen que se encuentran perlas en el fango»... ¿Quién no tropezará en tan solemne ocasión, por corto de genio que sea, con una cualquiera de tantas necesidades consagradas?

Además, el paraguas es también útil bajo otro punto de vista: puede servir para pegar un palo á un amigo.

Verdad es que no preserva del agua más que la *chistera*; pero también lo es que con impermeable no se puede llevar chisteras y váyase lo uno por lo otro.

Pues bién, á pesar de lo espuesto, yo no soy partidario del paraguas, que tiene gravísimos inconvenientes.

Abierto, molesta mucho porque va tropezando en todas partes, y trata de detenerse con todos los compañeros que encuentra en la calle; y cerrado es más incómodo todavía, sobre todo, cuando chorréa, porque estorba en cualquier sitio, y ensucia, sin el menor respeto, la alfombra más respetable. No todas las habitaciones tienen antesala, y no en todas las antesalas hay ese *chisme*—cuyo nombre no se—que sirve para dejar en él paraguas y bastones: de modo que llega usted á una casa de visita, y como el paraguas chorree y no sea usted un grosero, se tiene usted que volver desde la puerta.

Nada, nada ¡abajo los paraguas y los impermeables! Y consideren ustedes la grandeza de mi desinterés: está lloviendo á cántaros.

Por eso es esta una crónica de actualidad: cuando llueve ¿de qué ha de hablarse más que de impermeables y paraguas?

Yo, por mí, no acepto paraguas—verdad es que habitualmente uso sombrero hongo—pero, á medida que se generaliza, me va siendo más antipático el impermeable. Y es fundada esta antipatía.

¡Se me acaba de romper el mio!

Para concluir, una frase que ha hecho fortuna.

Ya saben ustedes que Eugenio Sellés, au-

tor eminente, se presenta candidato á diputado á Cortes por un distrito de Puerto-Rico.

Sellés, que ha sido republicano hasta ahora, acaba de declararse fusionista.

Anoche se hablaba de esto en un café. Uno dijo: Sellés no ha hecho más que afirmar su apellido.

¿Qué quiere decir? le preguntaron, sin entenderle, los que le escuchaban.

—Pues nada: que en adelante le debemos llamar RESELLÉS.

S. de Trasmiera.

LA FONDA ENCANTADA.

(CONCLUSION.)

Por fin salí de mi sueño; mi cabeza débil aún, no me permitía darme cuenta del sitio ni de la situación en que me encontraba.—Un hombre estaba sentado leyendo al lado de la cama.—Lancé un suspiro, y viéndome que le miraba se sonrió y se acercó á mí.

—¿Dónde estoy? le pregunté—y porqué estoy acostado?—Ha estado usted algo enfermo, respondió á mi segunda pregunta, sin hacer caso de la primera.—Aquella voz me era conocida, pero no me fué posible por entonces recordarla.—Y cuánto hace que estoy así?—Pues todo el día de ayer y lo que va de hoy.—Qué hora es?—Las tres de la tarde.—Sentí pesadez en la cabeza y me dormí. Cuando desperté era de noche. El mismo individuo velaba á mi lado. Sin decirme palabra me dió una posición, y volví á quedarme dormido. Desperté de nuevo. Ahora, en vez de una, había dos personas en la habitación.—Tosí y se volvieron para mirarme.—Una era el médico, y por no ser prolijo os diré que aquel día me dieron de comer y que dos después me levanté.—El cuarto me era desconocido, pero me bastó acercarme á la ventana, para darme á comprender que estaba en Heilheim. A penas me cercioré de ello cuando toda la horrible visión pasó de nuevo ante mi vista; me dejé caer en un sillón y poco me faltó para desvanecerme de nuevo.—Luego vino el dueño de la fonda, y con muestras de mucho interés me preguntó por mi salud. Me dió detalles de mi enfermedad, durante la cual no se había separado de mi lado más que lo indispensable para comer y descansar. Le agradecí su intención y le rogué me dijese qué había opinado el médico de mi enfermedad.—Y entonces me contó cómo habiendo oído un agudo grito á eso de la una de la madrugada, el huésped vecino mio llamó á los criados; que estos le despertaron á él, y que lleno de asombro al entrar en mi cuarto, cuya puerta estaba abierta, así como una de las dos ventanas, la de la izquierda, me halló pálido, sudoroso y con la cara y las ropas ensangrentadas. Que inmediatamente salió un bote de la casa en busca del médico á Fursteinurst, y que cuando este vino me halló bastante febril... que atribuyendo la sangre, y al parecer no era otra cosa, á una hemorragia lenta que por sí sola se había detenido, debido sin duda á la coagulación de la sangre, y en las narices producida por el frío que debía de hacer en el cuarto con la ventana y la puerta abiertas.—«Mas como su vecino de usted hiciera notar la circunstancia del grito, prosignió, y en su delirio diera usted á entender que le habían de ocurrido cosas extrañas, el doctor, que conoce la historia del núm. 15, dió orden para que con mucho cuidado fuese trasladado á este cuarto, donde hace hoy seis días le tenemos á usted.»

Una ocupación del momento le hizo abandonar, y excuso decirlos á qué cavilaciones no se prestaria, en mi débil cerebro, todo aquel farrago de aventuras imposibles. ¿Qué había de verdad en todo aquello? ¿Había algo de verdad? No lo sé.—Solo puedo decirlos que tan pronto como me fué posible abandoné Heilheim y me acomodé en Fursteinurst.

Un día fui con otros forasteros á visitar el castillo... Recorrimos galerías y subterráneos, pero por hallarse habitada la mejor parte de él no nos fué posible visitar lo más notable.—Otro y yo, sin embargo, llevados de nuestro deseo de ver algo más, nos deslizamos de cuarto en cuarto y llegamos sin saberlo á la sala de recepciones.

¡Vamos á salir por la puerta opuesta cuando esta se abrió de repente y una mujer apareció en el dintel.—No iba vestida de blanco, ni llevaba luz, ni tenía herida; pero aquella cara, aquel pelo, aquellos ojos eran el retrato fiel de la otra.

Me temblaron las carnes, y para no caer habe de agarrarme á una silla.—Entre tanto, la mujer se admiró también al vernos, y haciendo un saludo frío, cerró la puerta.

Mi amigo se volvió á mí, y al notar mi espanto y conmoción visibles creyó que estaba enfermo y, solicitado, me llevó hasta una ventana. El fresco de la tarde me hizo volver en mí.—Pretexté una indisposición pasajera y nos retiramos, apresurándonos yo á salir del castillo con la sana intención de abandonar Fursteinurst al día siguiente.—Aquella noche no me acosté: tuve miedo y casi toda ella la pasé en el lago sin acercarme mucho á Heilheim... y á las 10 de la mañana tomé el tren para Hannover, maldiciendo el momento en que entré en Fursteinurst.

Trascurrido algún tiempo, casi lo había ol-

vidado y hasta me avergonzaba yo mismo de mi propia aventura. Un día, próximamente un año después, un amigo á quien había yo confiado mi secreto, me trajo un periódico de Osnabrück que traía un artículo con el título de *La fonda encantada*.—En él hablaba de la establecida en la isleta Heilheim del lago de Fursteinurst y de cómo el propietario se había visto obligado á cerrar la habitación número 15, á causa de los rumores sobre fantasmas que la visitaban y de los sustos sufridos por cuantos huéspedes había tenido. Un redactor de dicho periódico (por demás curioso) se propuso aclarar el misterio, y gracias á sus relaciones tuvo entrada en el archivo del castillo de Fursteinurst. Después de mil pesquisas infructuosas dió con unos escritos en los que halló la siguiente narración. Por no prolongar este cuento más de lo que vuestra paciencia quisiera, no os la leo ahora, y solo á grandes rasgos os contaré la esencia.

En 1680 y pico, Johann Albrecht Guildesberg, sobrino por *mesalliance* del entonces príncipe de Fursteinurst, vivía en el castillo, donde ocupaba un importante cargo militar, por condescendencia de su tío, que no por sus méritos propios. Soez, canalla, de instintos perversos, se contaban sus fechorías por días, y más de un crimen pesaba sobre su conciencia, si la tenía. Un día desapareció del castillo una hermosa joven, hija de un capitán de armas. Toda pesquisa fué inútil, y el padre supuso, y con razón, que Johann fuese el raptor. Tuvo la osadía de pedirle cuentas, y cayó á los piés del raptor que, no satisfecho con haberle inmolado, publicaba más tarde su deshonra. Este crimen, sin embargo, llegó á oídos del Príncipe á su vuelta de un viaje que le tuvo ausente muchos meses. Le llamó á su presencia y le intimó á que presentase á la hija del capitán para casarse con ella en público y darla después satisfacción por la muerte de su padre. Al principio se negaba á declarar su residencia, mas habiéndole amenazado con prenderle y obligar á la justicia á juzgarle como asesino, accedió á su intimación.

En efecto, dos días después la presentó, pero no sin haberla obligado antes á renunciar á toda satisfacción por la muerte de su padre. Se casaron, y el Príncipe les dió por residencia Heilheim. Partieron en un bote solitario, sin músicas ni acompañamientos. El Príncipe, poco después de la ceremonia del casamiento, recibió un pliego escrito por la infeliz desposada, en el que exponía los fundados temores que tenía por la humillación que había hecho pasar al despótico Johann, y al mismo tiempo le indicaba dónde quedaba el fruto habido de sus relaciones con aquel malvado.

No creyó el Príncipe que la maldad de su sobrino llegase á tanto; pero un sueño que aquella noche tuvo le hizo mandar sitiar la isleta temprano al día siguiente, y, personándose en el torreón, exigió de Johann, que salió á recibirle, le presentase su mujer. Este pretexto que aún dormía; mas así y todo, quiso verla su tío. Penetró en el aposento y el lecho estaba intacto, en cambio la alfombra, manchada de sangre, revelaba bién claro lo ocurrido. Quiso aún disculparse, dando á entender que se había muerto á sí misma; pero en esto se presentaron algunos hombres de armas trayendo en brazos el cuerpo que habían recogido flotando y con el puñal aún en el costado.

Recogido este por el Príncipe, le examinó y vió que era uno por él regalado á su sobrino con otros objetos la víspera del casamiento.

Se retiró horrorizado y, dejándole allí mismo prisionero, se llevó el cadáver y el puñal. Se formó el tribunal de jueces nobles y fallaron la causa sin orle; después de lo cual, y antes de ser colgado, le fué permitido hacer confesión pública de su culpa, por cuyo mérito ganaba el que su cuerpo, en vez de ser abandonado á la voracidad de los buitres en señal de baldón, tuviese sepultura sagrada.

Colocado sobre alto andamio en la gran plaza de armas del castillo, ante sus habitantes y los de los pueblos comarcanos, confesó cómo fué él quien robó á la joven y violentamente la sedujo; que trascurridos unos meses llegó á amarla con frenesí; pero como había negado su rapto á su desgraciado padre, y en confirmación de su negativa le había matado, no podía, á menos de confesarse criminal, presentarla en público, y que humillado por verse compelido por la fuerza á lo que por voluntad no había querido hacer, cegado por la ira, loco, la mató y la arrojó al lago.

Pero ¡ay!—exclamó,—bién caro he expiado mi crimen. Treinta noches hace hoy que la asesiné, y desde entonces todas á la misma hora se me aparece, pálida, con su mano cubriendo la herida; llega hasta mi lecho y siento su sangre en mi rostro, lanza una carcajada y desaparece por la misma ventana desde donde su cuerpo cayó al lago.

¡Cuáles no serían mi asombro y mi perplejidad al leer esto!... Déjolo á vuestro juicio.

Después de copiar la descripción de la muerte de Johann, decía así el redactor del diario de Osnabrück:

La habitación en que se cometió el crimen es hoy el número 15 de los del hotel en que el antiguo torreón ha sido transformado, y una de sus ventanas es la misma desde donde el cuerpo de la infeliz asesinada fué arrojado al agua

por aquel infame. Su espíritu vaga aún por aquellos lugares, y varios han sido los visitados por él, por lo que dicho cuarto ha sido condenado á perpétua clausura, etc. etc... (y aquí continúa hablando sobre una porción de cosas que no vienen al caso.)

Comprendo que estaréis cansados, y solo agregaré que, al final de la historia, decía así el articulista:

«El Príncipe cuidó del hijo de Johann y su desgraciada esposa, y hoy existe en Fursteinurst una descendiente de aquella mártir.»

Santander 1.º de Marzo 1886.

SONETO.

A LA VIRGEN.

Eres Madre de Dios, te adoro y creto en el divino origen de tu vida; para formar tu sér, de amor ardida tuvo la esencia del Señor emplé.

Llenó tu perfección su alma desé; su Santa Caridad en Ti encendida te dió al mortal por salvadora egida, por madre al hombre de la culpa reo.

En el mar de la vida borrascoso eres bendita estrella de bonanza; halla en tu seno el corazón reposito,

en tu amparo el espíritu confianza, paz, al rogarte, hasta el dolor penoso; que eres luz de consuelo y de esperanza.

ADOLFO DE LA FUENTE.

PERIODICOS.

Un corresponsal de *El Figaro* ha recogido varios datos estadísticos muy curiosos referentes al número de periódicos que existen en el antiguo mundo, de los cuales vamos á dar noticia á nuestros lectores.

El número total asciende á 35.000, de lo que resulta un periódico para cada 28.000 habitantes.

De estos corresponden á Europa 20.000, siendo Alemania la que publica mayor número, pues llega á 5.500, de los cuales 800 son diarios, siendo el más antiguo el *Postzeitung*, publicado en Francfort por primera vez en 1616, mientras que el que tiene mayor circulación es el *Berliner Tagblatt*, que tira 55.000 ejemplares diariamente.

Inglaterra viene en seguida con 4.000 periódicos, de los cuales 400 son diarios.

Francia tira 4.092, de los que solo son diarios 360.

Italia es la cuarta en la lista, con 1.400 periódicos, de los cuales se publican 200 en Roma, 140 en Milán, 120 en Nápoles, 94 en Turín y 79 en Florencia.

El periódico más antiguo italiano es la *Gazzetta di Genova*, publicada por primera vez en 1.797.

En Austria hay 1.200 periódicos, de los cuales son diarios 150, siendo el más notable el llamado *Acta Comparationis Litterarum Universarum*, que es una revista de literatura comparada que ofrece la originalidad de que cada autor ve su artículo reproducido en su propia lengua, sea la que fuere, y por cierto que tiene corresponsales en el mundo entero.

España cuenta con 850 periódicos de los que la tercera parte son políticos.

Rusia posee 800, de los cuales 200 van á luz en San Petersburgo y 75 en Moscow.

Varios de los periódicos rusos están impresos en tres lenguas diferentes, y además hay 4 publicados en francés, 3 en alemán, 2 en latín, 2 en hebreo y varios otros en polaco, finlandés, tártaro y georgiano.

Grecia pasa de 600, de los cuales se publican 54 en Atenas.

Suiza tiene 450 y Bélgica y Holanda cerca de 300 cada una.

En Asia se publican 3.000 periódicos, de los cuales pertenecen al Japon nada menos que 2.000.

En China los únicos periódicos que no son publicados por residentes en los puertos de tratado son 4:

El Ning-Pao, un periódico oficial publicado en Pekín; el *Chen-Pao* y el *Hu-Pao* publicados en Shanghai; y el periódico oficial del Gobierno en Corea, que salió á luz el año pasado.

3 publicaciones existen en la Conchinchina francesa y una en el Tonkin, llamada *El porvenir del Tonkin*.

El resto de los periódicos que existen en el Asia se publican en la India, excepto á que ven la luz en Persia.

Africa tiene solamente 206 periódicos, de los cuales se publican 80 en Egipto y el resto pertenece á las colonias inglesas, francesas, etc.

Australia tiene 700, casi todos escritos en inglés, y las islas Sandwich llegan á 8, de los que 5 son en inglés y los tres restantes en la lengua del país.